

Chile

Cambio, continuidad y proyecciones

Manuel Antonio Garretón

El artículo plantea que el nuevo momento político que vive Chile se ha puesto de manifiesto a raíz de las pasadas elecciones presidenciales de diciembre de 1999. Si bien la derecha, por primera vez unida desde 1989, hizo su mejor elección desde 1938, es un error pensar que el electorado ha dejado de lado sus convicciones sociopolíticas. Al contrario, allí residió la fortaleza de la candidatura de Ricardo Lagos. Este nuevo momento político incluye múltiples necesidades, entre ellas una nueva estructura institucional que deje atrás los mecanismos heredados de la dictadura, y un paso adelante en el proceso de institucionalización de la Concertación.

Las elecciones presidenciales chilenas de diciembre de 1999, coincidieron con la primera década de gobierno de la Concertación de Partidos por la Democracia, la coalición de mayor estabilidad en este siglo, que sucediera a 17 años de dictadura militar encabezada por Augusto Pinochet. Recordemos que esta coalición está conformada por el centrista Partido Demócrata Cristiano (DC); el centroizquierdista Partido Radical Social Demócrata (PR); el Partido por la Democracia (PPD), creado en ocasión del plebiscito de 1988; y el Partido Socialista (PS), de izquierda «renovada».

En relación con las dos previas elecciones presidenciales desde la recuperación democrática (1989, en que fue elegido Patricio Aylwin, y 1993, que ungió a Eduardo Frei Ruiz-Tagle), esta elección tuvo varias novedades importantes. Por primera vez las elecciones no coincidían con elecciones parlamentarias; por primera vez el candidato de la Concertación, Ricardo Lagos, no pertenecía a la DC sino al bloque PS-PPD-PR, habiendo derrotado en elecciones primarias al precandidato de la DC por margen muy amplio; por primera vez el candidato de la Concertación enfrentaba a un candidato único de la derecha, Joaquín Lavín. Por último, los resultados electorales agregarían otra novedad, inédita en la historia de Chile: por primera vez se realizaba una segunda vuelta entre los dos candidatos con más alta mayoría.

MANUEL ANTONIO GARRETÓN: sociólogo chileno; director del Departamento de Sociología de la Universidad de Chile, Santiago.

Palabras clave: elecciones, sistema político, derecha, Ricardo Lagos, Chile.

El clima electoral de fin de siglo

El clima electoral durante 1999 estuvo caracterizado, sin duda, por la desdramatización de las elecciones, lo que contrastaba con similares ocasiones en la historia del país. Ello porque algunos pensaban que Chile había entrado en «la nueva época» marcada por la democracia, la economía de mercado y la globalización. Pero consideraban que este ingreso había sido tardío y sin suficiente fuerza, por lo que era necesario remover las trabas que aún fijaban al país en la sociedad del siglo xx y que impedían la plena realización de la globalización y la economía de mercado. Muchas de estas opiniones sostenían que la política debía estar al servicio de un proceso semejante, y que por lo tanto las elecciones presidenciales tenían sentido solo para asegurar que Chile no se «quedara atrás». Mientras tanto, había otros que no veían en los cambios de gobierno o la política algo que pudiera jugar ningún rol crucial, como sí en el pasado, en las transformaciones sociales. Consideraban que los gobiernos debían dedicarse a administrar lo mínimo posible: la política más bien como algo irrelevante. Ambas visiones eran compartidas en grados diversos por el mundo de la derecha y los empresarios. Otra visión de esta cuestión provenía de sectores de izquierda fuera de la coalición gobernante. Giraban principalmente en torno de las posiciones del Partido Comunista y otras posturas alternativas, y dieron origen a tres candidaturas presidenciales. Esta perspectiva, aunque postulaba un cambio radical en lo que denomina el «modelo neoliberal» administrado por la Concertación, subrayaba la incapacidad de ésta, en cualesquiera de sus versiones más centristas o izquierdistas, de realizar tales cambios. Por lo que solo era posible aprovechar estas elecciones para constituir un sector de la opinión pública que expresara el descontento frente a lo que consideraban la «administración concertacionista de la herencia de Pinochet».

Por último, en la atmósfera intelectual y de opinión de la Concertación había básicamente dos estados de ánimo, en parte modificados al calor de la última etapa de la campaña. Por un lado, había quienes sostenían también que no debía haber grandes programas de gobierno ni grandes ideas que significaran giros históricos. No porque descreyeran de la importancia de la política, sino porque pensaban que ello significaba volver al tiempo de los proyectos globales o de tipo fundacional, que polarizaron las sociedades y que precisamente en el caso chileno causaron el derrumbe de la democracia: el trauma de los 60 y 70 parecía seguir presente. Esto también se manifestaba para algunos en un cierto temor al cambio de liderazgo dentro de la Concertación, teniendo en cuenta la hegemonía democristiana durante los dos primeros gobiernos desde la dictadura. Por su parte, los sectores de izquierda de la Concertación veían en un próximo gobierno la posibilidad de una transformación que, manteniendo los éxitos logrados por los dos primeros, permitiera el giro de entrada en el nuevo siglo. Con todo, el discurso predominante combinaba la continuidad económica con un cambio de clima sociocultural, donde la principal interrogante era la permanencia de la institucionalidad política heredada de Pinochet.

Es dentro de este clima intelectual y cultural que se desarrolla la campaña presidencial, que culmina en la primera vuelta de diciembre de 1999, y llega hasta la segunda, donde se enfrentaron las dos primeras mayorías relativas de Ricardo Lagos y Joaquín Lavín, en enero de 2000. El rasgo predominante de esta campaña fue la imposición del estilo y las temáticas de la candidatura de derecha, especialmente a través de unos medios de comunicación que, con la sola excepción de un par de radios y un canal de televisión, le brindaron su apoyo irrestricto a Lavín.

Recordemos que Lavín era candidato de una alianza que expresaba, por primera vez en el periodo posautoritario, a todo el espectro de derecha, bajo el dominio irrestricto del sector más duro y pinochetista liderado por el partido Unión Democrática Independiente (UDI). Sin embargo el candidato buscó a todo costa, seguido en esto por la férrea disciplina de sus partidos de apoyo, despolitizar la elección y separarse de su imagen de hombre de derecha y pinochetista, criticando la política tradicional y hablando mucho más del cambio, aunque sin clarificar su contenido, y mucho menos de preservar la obra del régimen militar, como lo había hecho hasta ahora su propio sector político. Asimismo, en su campaña auguraba, por un lado, el mantenimiento y profundización del modelo de economía de mercado —cuestionando la intervención estatal y política—, y, por otro, prometía «resolverle los problemas a la gente». La importancia de este nuevo estilo radicó menos en su éxito electoral, como lo prueban las cifras que examinaremos, que en el nuevo contenido que le dio al discurso de la derecha, por una parte, y por la otra en la capacidad de forzar a la candidatura adversaria —especialmente a sus técnicos de comunicación y pese a los esfuerzos del propio Lagos, conciente de que su fuerza provenía de la identidad sociológica y política del electorado— a entrar en el terreno de la despolitización y de las ofertas y contra-ofertas concretas. Por otro lado, era evidente que el gobierno de la Concertación había mostrado profundos desaciertos en la conducción política, pese a sus éxitos económico-sociales, empañados el último año por los efectos de la crisis asiática y ciertos errores de manejo. Todo ello dificultaba enormemente el doble papel de Lagos como expresión de un nuevo liderazgo en la Concertación que debía a la vez presentarse como la continuidad y el cambio, algo más complejo que la afirmación del simple cambio de Lavín.

El resultado de la primera vuelta

En diciembre, sobre un total de poco más de siete millones de votos, con una muy baja abstención del 10%, Lagos obtuvo el 47,9%, Lavín el 47,5% y los restantes candidatos 4,5%. Llamó la atención el descenso de la candidatura comunista respecto de las presidenciales anteriores. Entre los hombres, Lagos obtuvo el 50,81% y Lavín el 45,3%, y entre las mujeres, Lavín triunfó con el 50,9% contra el 44,1% de Lagos.

La derecha en general, el equipo de campaña de Lavín y los medios de comunicación que lo apoyaron, dieron una interpretación de los resultados elec-

torales de la primera vuelta como parte de la estrategia para la segunda. Según esto, el país había cambiado radicalmente, en el sentido de «modernizarse». Los ciudadanos o electores serían ya «más libres»: no votan por posiciones ideológicas y políticas sino que participan en las elecciones como si fueran un mercado, escogiendo a un candidato como si éste fuera un producto. Las opciones del electorado no dependerían más de visiones ideológicas o políticas, ni del pasado o la historia personal o del país, sino de las ofertas y características individuales de los candidatos, que son todas equivalentes. Según este punto de vista, las elecciones entonces confirmaban el diagnóstico: la historia comenzaba ahora, Chile dejaba atrás a su pasado, el panorama electoral estaba borrado, el electorado demostraba que no había mayor diferencia entre un gobierno de la Concertación y la derecha —excepto en eficiencia.

A nuestro juicio, los datos indican una realidad exactamente inversa. En las elecciones de diciembre se repitieron las pautas básicas de comportamiento electoral establecidas en el plebiscito de 1988, que terminó con la dictadura militar de Pinochet apoyada irrestrictamente por la derecha. En efecto, en dicha consulta se fijó un panorama electoral bipolar entre la derecha, que alcanzó el 44%, y la Concertación 56%, porcentajes que se repitieron casi exactamente en las primeras elecciones presidenciales posdictadura, si sumamos los dos candidatos de derecha de entonces. En las presidenciales de 1993 se repitió el esquema bipolar, esta vez con una derrota aplastante de los dos candidatos derechistas, que apenas superaron el 30%, y el amplísimo triunfo de la Concertación con cerca del 58%; el voto disperso de candidatos alternativos se acercó al 12%.

En esta primera vuelta de diciembre de 1999, se mantuvo la bipolaridad y más del 90% del electorado votó exactamente igual que en 1988 y 1989. En términos de grandes números, los principales cambios de este esquema básico fueron: 1) la existencia, reeditando el plebiscito, de un único candidato de derecha, lo que aumentó en tres puntos lo obtenido por Pinochet y los dos candidatos de su bloque en 1989. La derecha alcanzó ahora el porcentaje más alto de la segunda mitad del siglo, recuperando de paso lo perdido en 1993 y, sobre todo, en las parlamentarias de 1997 (cuando obtuvo un 36%); 2) se produjo una drástica disminución del voto fuera de los dos grandes bloques; 3) hubo una baja en el promedio histórico de la Concertación. Esto se explica porque una pequeña parte del voto por el No y por Aylwin prefirió candidatos alternativos. Además, otra parte del electorado fiel a la Concertación en otras elecciones, ahora habría votado contra ésta; y 4) el electorado tuvo una significativa alteración en su composición respecto de la realidad demográfica del país, por efecto de la inscripción voluntaria, al disminuir el voto joven y crecer la proporción del voto de mujeres, que mantuvieron sus pautas clásicas de votación.

De modo que en estas elecciones ha habido continuidad respecto del plebiscito de 1988 y las elecciones de 1989. No se ha producido ningún «terremoto»

ni cambio dramático en el panorama electoral, que es, desde la época de la dictadura, bipolar en las elecciones presidenciales y combina bipolaridad con multipartidismo en las parlamentarias y municipales.

Pero si el electorado votó básicamente según los alineamientos de 1988, hubo un porcentaje no superior al 10% que puede calificarse de voto fluctuante. Es decir, que responde a opciones coyunturales influidas por publicidades o campañas mediáticas. Si aceptamos que la particular modernidad chilena se expresó siempre a través del Estado, la política y el sistema partidario, deberíamos reconocer que el electorado desde hace décadas es básicamente moderno, porque en forma mayoritaria vota por opciones y proyectos políticos que con claridad distinguen a la derecha, el centro y la izquierda, en este caso las candidaturas de derecha y de centro-izquierda. Por otro lado, solo un 10% del electorado votó en estas últimas elecciones según pautas no clásicamente políticas, es decir, pautas no modernas. Esto significa que en ese porcentaje, minoritario pero significativo en una elección presidencial, se habría producido una «desmodernización», es decir, un voto según opciones no inmediatamente vinculadas a proyectos políticos o de sociedad. Solo en este segmento la campaña de Lavín fue exitosa, porque precisamente fue la más tradicional y menos moderna, aunque apoyada en una tecnología de comunicación muy avanzada, en tanto apelaba a necesidades e intereses individuales, desligaba las ofertas de una historia, un proyecto o un concepto global y prometía a todo soluciones desde el Estado.

La segunda vuelta y el balance general

Lo previsible, entonces, era que en la segunda vuelta (enero de 2000) no hubiera cambios sustantivos respecto de la primera y que Lagos aumentara su ventaja con los votos de los candidatos alternativos. Lavín continuó con su estrategia de despolitizar las elecciones para descontar la ventaja de su oponente, enfatizando la idea de un cambio consistente en el reemplazo de gobernantes y restándole significación a los proyectos o visiones en juego. La interpretación de sus estrategias permitió transformar su derrota, es decir, el segundo puesto, en una imagen de triunfo. Por su parte, sin variar lo central de su campaña, en el campo de Lagos se introdujeron cambios comunicacionales, atenuando cuestiones ideológicas y confrontacionales, e intentando mejorar la *performance* electoral entre las mujeres y el electorado demócrata cristiano, lo que llevó en ambos casos a modificaciones en su comando político de campaña. Así, en la segunda vuelta, la abstención disminuyó levemente. Lagos obtuvo el 51,3% (el 54,3% entre los hombres y 48,7% entre las mujeres). Lavín, alcanzó el 48,7% (45,7% y 51,3%, respectivamente), volviendo a ganar entre las mujeres aunque por un margen menor. La diferencia de votos entre ambos candidatos, aumentó de alrededor de 30.000 a 190.000. Estos resultados confirman, en primer lugar, que el país está básicamente alineado en torno de dos opciones ya expresadas en 1988: el proyecto de la derecha y el de la Concertación. La diferencia entre el plebiscito y estas elecciones reside en el porcentaje relativo de cada cual, habiéndose producido un avance de cua-

tro puntos de la derecha y una disminución correlativa de la Concertación después de una década de gobiernos básicamente exitosos, aunque con muchas tareas pendientes.

En cuanto al aumento de votos obtenido por Lagos en la segunda vuelta, no se debe a los cambios en el comando de su candidatura ni a ninguna estrategia publicitaria o comunicacional nueva. Es cierto que estos cambios tuvieron importancia política interna, en la medida en que renovaron las energías del conglomerado, afectado por no haber obtenido la mayoría absoluta en la primera vuelta lo que reforzó el apoyo de la DC. Pero el resultado electoral se debe mucho más al mantenimiento de la línea y fuerza política del candidato para asegurar su votación de la primera vuelta y a la percepción, por parte del 4% del electorado de izquierda que no votó por la Concertación en diciembre, de la radical diferencia en una presidencia de Lagos y otra de Lavín. El leve aumento del porcentaje de Lavín se debe precisamente a que un cierto electorado influido por las estrategias comunicacionales de la segunda vuelta no percibió la diferencia entre ambas candidaturas y se inclinó hacia el candidato de la derecha que había impuesto el estilo y los temas de campaña. Dicho paradójicamente: Lavín ganó la campaña electoral, en la primera y segunda vueltas, porque impuso su estrategia comunicacional de despolitización, y Lagos ganó las elecciones en ambas vueltas, porque se impuso la politización del electorado chileno y su continuidad respecto de las grandes opciones del país.

El electorado dio un nuevo respaldo a la Concertación para gobernar el país, esta vez con un liderazgo diferente y renovado expresado en Lagos que se ha puesto de manifiesto en la conformación de su gabinete, en los actos de transmisión de mando que privilegiaron el contacto directo con la gente y la dimensión de creatividad cultural masiva, y sobre todo en las primeras semanas de su gobierno: en ninguno de estos casos ha podido plantearse una oposición seria, y la sensación de que el presidente escucha, está al mando y decide es unánime. El gran mérito de Lagos y de la Concertación es haber cambiado el liderazgo manteniendo una adecuada relación entre continuidad y cambio en la coalición, aunque ello se expresara dificultosamente en la estrategia comunicacional de la campaña. Por su parte, el aspecto crítico de su campaña residió en la incapacidad de repolitizar esa pequeña fracción del electorado que ha cambiado sus pautas de votación, pero que, pese a ser pequeña, es significativa en elecciones a dos bandas para inclinar el resultado en uno u otro sentido.

La votación de la derecha es la más alta desde 1938. Ello se debe básicamente al éxito de Lavín en proyectar a la derecha fuera de su pasado pinochetista, superando así su fuerza electoral de poco más de un tercio. El aspecto crítico de esta candidatura residió en su desvalorización de la política, reduciéndola al arreglo de problemas y demandas individuales y coyunturales desde el Estado, banalizando su gran sentido, que es la construcción de la sociedad deseable.

La gran cuestión poselectoral para la derecha era, entonces, si sus partidos serían capaces de asumir el legado de esta campaña y realizar una verdadera mutación democrática, o si volverían al de «guardianes de la obra del régimen militar». En este sentido, el regreso de Pinochet a Chile, liberado por razones humanitarias de su proceso de extradición a España, debido en parte a la enorme ineptitud en esta materia del gobierno de Frei, fue el momento de mayor significación para que las Fuerzas Armadas intentaran devolverle un protagonismo político al ex-dictador, dentro de la derecha y en el país, habiendo quedado totalmente perdido durante su detención en Londres y el desarrollo de la campaña presidencial. Salvo el escándalo de una ocupación virtual de la ciudad por el Ejército, la torpeza y desconcierto del Gobierno y manifestaciones aisladas, a la postre ningún sector de derecha ha manifestado su negativa a que el ex-dictador sea juzgado en Chile dejando a las Fuerzas Armadas sin voz y aisladas en esta materia.

Perspectivas del nuevo gobierno

Se ha dicho que no se eligió el último gobierno del siglo xx sino el primero del siglo xxi. La verdad es que se eligieron ambas cosas. Porque el próximo gobierno no podrá enfrentar los problemas del futuro si no aborda exitosamente cuestiones en esencia heredadas del pasado: el juicio y justicia por las violaciones a los derechos humanos bajo la dictadura, sin lo que no hay reencuentro verdadero del país; la reforma constitucional que asegure un régimen verdaderamente democrático; la regulación de la economía y su control por parte de la sociedad sin alterar su dinámica de crecimiento; la reorientación de éste en función de necesidades de la gente asegurando a la vez el desarrollo ambiental; la reducción de las desigualdades, que obliga necesariamente a un proceso redistributivo; el fortalecimiento de la capacidad dirigente del Estado y de su papel protector asegurando a la vez el fortalecimiento de la sociedad y la participación ciudadana; la superación de la banalidad cultural y comunicacional promoviendo la diversidad, generando nuevos espacios de creatividad y estimulando valores éticos de solidaridad. Ello por nombrar solo algunos de los temas que no estuvieron presentes en la campaña electoral dada la fuerza que adquirió la competencia de propuestas frente a lo que se llamó «problemas concretos».

Pasadas las elecciones, el país se da cuenta que la realidad no son las imágenes comunicacionales, y que gobernar no es lo mismo que una estrategia de mercado o de publicidad. Los problemas reales de conducción de un país son algo mucho más complejo que lo que se llamó «preocupaciones concretas de la gente», las que, además, no pueden enfrentarse sin proyectos ideológico-políticos sólidos y coherentes. Lo que está en juego hoy es la posibilidad de pensar en un proyecto o tarea nacionales, tal como lo fueron el desarrollo desde el segundo cuarto de siglo, las reformas estructurales de los años 60 y 70 o la recuperación de la democracia en los 80 y principios de los 90, independientemente de la evaluación que cada uno de esos proyectos y sus resultados nos merezcan. El primer gobierno democrático de Aylwin definió la tarea

nacional en términos de «transición a la democracia» y apuntó hacia la idea de un «crecimiento con equidad», manteniendo los equilibrios macroeconómicos y buscando corregir los efectos sociales del modelo económico. Asimismo, estableció un método de negociaciones y acuerdos puntuales que llamó «democracia de consensos», a nuestro juicio de manera equivocada, por cuanto no cristalizó institucionalmente ningún consenso básico. Pero, en todo caso, cualquiera sea la crítica que se haga a estas definiciones por parciales o insuficientes, hay que reconocer que hubo metas y orientaciones y, en términos de ellas, el gobierno avanzó relativamente. En cambio, debe reconocerse también que durante el segundo gobierno de la Concertación hubo una muy buena *performance* económica hasta 1997, pero en materia de proyectos y orientaciones, de metas que movilicen energías sociales y culturales, el país ha ido a la deriva, sin una brújula compartida y, por lo tanto, sin conducción política. En Chile, al igual que en otros países del continente, el simbolismo del fin de siglo se corresponde con el fin de un modelo sociopolítico. Si en América Latina en los 80 y 90 existió algún modelo o proyecto o, al menos, un imaginario o mito al respecto, ello fue lo que se llamó «la doble transición a la democracia y a la economía de mercado», que reemplazaba a los proyectos nacional-populares o populistas, desarrollistas, revolucionarios o autoritarios de otras épocas. Precisamente lo que se ha agotado es este modelo o mito de «doble transición».

El gobierno de Lagos puede marcar un giro, es decir, ser una oportunidad para plantearse qué país se está construyendo y puede construirse. Y la respuesta afectará en parte la vida de, al menos, dos o tres generaciones. En efecto, ya no puede sostenerse que aún se esté en transición a la democracia, dado que el sistema institucional parece consolidado. Pero, como lo que está consolidado es una democracia incompleta o una semidemocracia, lo que cabe es una reforma política muy profunda que haga de este régimen una verdadera democracia política, es decir, que traduzca en instituciones legítimas, estables y dinámicas, los principios éticos de la democracia. Por otro lado, está agotado, como base de un desarrollo nacional integrado y autosustentable aquí y en todas partes del mundo, el modelo de economía de mercado neoliberal o «modelo privatizador». Si alguna duda había de esto a nivel mundial o en lo que a Chile respecta, la crisis asiática, en el primer caso, y la de la energía (en 1998) en Chile, por señalar solo dos ejemplos, muestran cómo el libre juego del mercado no solo desintegra las sociedades sino que es también absolutamente ineficiente en términos de sus propias metas. Un modelo alternativo, diferente para cada país, consiste en devolver al Estado, a nivel nacional y de los bloques supranacionales, un rol dirigente en el desarrollo, establecer marcos normativos regulatorios sobre las fuerzas económicas y asegurar el control ciudadano sobre tales marcos y sectores. En otras palabras, reconociendo que política y economía son cosas distintas y autónomas, se trata también de introducir —obviamente con mecanismos e instituciones distintos a la política— los principios éticos de la democracia en el funcionamiento de los mercados. No hay nadie más capacitado para enfrentar esta tarea que el presidente electo y la Concertación. Pero mientras uno deberá

ejercer muy claramente su liderazgo priorizando estos temas, la otra deberá realizar una refundación de sus bases programáticas e ideológicas rescatando lo valioso de la construcción de estos años, pero también superando todas sus limitaciones. Una responsabilidad especial cabe a la oposición, debido al actual sistema institucional que le da un exacerbado poder de veto político. Si, como mostró Lavín en el discurso de la campaña presidencial, la derecha es capaz de abandonar las posiciones obcecadas ligadas al pinochetismo, entonces podrá mantener ese electorado que logró capturar. De lo contrario volverá a ser una minoría sin otra significación que la que le da un sistema político heredado de la dictadura. No hay mejor oportunidad para que la derecha muestre que es una fuerza política con proyecto democrático.

Desde la doble perspectiva mencionada, gobierno y oposición, y desde el clima sociocultural generado por el triunfo de Lagos así como en las primeras semanas de su gobierno, las cosas son relativamente promisorias. La opinión pública ha mostrado un alto nivel de comprensión y adhesión al liderazgo de Lagos, quien lo ha asumido claramente marcando las prioridades en las cuestiones de crecimiento y empleo, solución de problemas inmediatos en el campo de la salud, al mismo tiempo que tomando medidas de alto contenido simbólico social y cultural, como la apertura del Palacio de La Moneda. Su mensaje a las Fuerzas Armadas ha sido firme y se ha comprometido con que los tribunales hagan justicia en materia de derechos humanos violados bajo la dictadura. En este clima, el juicio a Pinochet no solo goza de legitimidad nacional casi unánime, con excepción de las posiciones de las Fuerzas Armadas y ciertas reticencias de la derecha y nadie se atreve a impugnarlo públicamente, sino que parece altamente viable, independientemente de sus resultados finales. Por otro lado, el presidente ha vuelto a poner en la discusión la necesidad de una Constitución verdaderamente democrática, desencadenando un proceso para su reforma, aun cuando los resultados sean inciertos. Debe reconocerse que, tanto el ex-candidato Lavín como el conjunto de la derecha han participado, a veces con reparos menores, del clima generado por Lagos y han manifestado su voluntad de discutir las reformas que terminarían en definitiva con el pinochetismo institucionalizado. Sin embargo, los dirigentes de los dos partidos de derecha han condicionado la discusión de las reformas constitucionales, a la resolución política del caso Pinochet y de la cuestión de los derechos humanos, volviendo en esto a su previa posición tradicional a la campaña presidencial.

Queda por verse qué ocurrirá cuando se profundice el proceso a Pinochet, se discutan las reformas constitucionales y se electoralice el clima por las elecciones municipales del presente año, ocasión en que la derecha espera capitalizar en el nivel local y regional lo obtenido en las pasadas presidenciales.

Santiago, abril de 2000